

Los ejecutivos cabalgan de nuevo "TARTUFO" EN LA DEMOCRACIA

RAMIRO CRISTOBAL

HACE diez años, "Tartufo", flamante ejecutivo de medio pelo, tenía la sartén por el mango y el mango también. Prácticamente todo lo que aquí se cocinaba debía, necesariamente, pasar por sus manos. Así, cuando Molière, de la mano de Enrique Llovet y Adolfo Marsillach, intentó hacer oír su voz rabelesiana, se encontró con que fue sofocada, en el plazo más breve de tiempo, en un país "tartufado". Nuestro hombre pasó, después, algún tiempo escondido, afinando y perfeccionando sus tartuferías, para volver remozado, rejuvenecido, más ávido e hipócrita que nunca, en las aguas, aún no aquietadas del todo, de la democracia. Por todo ello, parecía un deber de conciencia, ciudadanía y hasta de higiene pública volver a poner en marcha el gran anticuerpo de la risa con una versión "ad hoc" de la obra original.

Vienen de todas partes, pertenecen a todas las clases sociales y aspiran a lo que sea. En los años sesenta tuvieron que abrirse paso a codazos entre camisas azules, uniformes y sotanas; tuvieron que convencer al abuelo a base de mamotretos tecnocráticos en torno a un hipotético desarrollo. Ahora llenan los mil y un huecos que aquéllos dejaron y que la corrupción heredada del régimen anterior no quiere abandonar en manos de personas honradas. Los tartufos modernos, que ya aprendieron a jugar al tenis y al golf, sirven para un roto y un descosido. Enrique Llovet, cuando le hablo de esto, confirma con su fina ironía malagueña: "Lo que ocurre es que hoy los tartufos son mucho más baratos. Antes, al menos, se molestaban en redactar gigantescas obras de economía. Hoy se conforman

con ser cualquier cosa: Delegados del Gobierno en el Plan Hidráulico del Guadalquivir, director general de Minerías No Férreas y ¡hasta ministro de Agricultura!...".

El regocijo culpable

La gente, el público de este neotartufismo, se ríe con ganas. Y uno se pregunta cuáles son los mecanismos de esa risa espontánea y satisfecha. Claro que hay un espectador progresista que se deleita de ver a sus adversarios —aunque sea por una vez y en la ficción— puestos en la picota del esperpento. Pero también hay un público mucho más conservador, siempre medroso ante el cambio, que se ríe con la misma alegría, y aquí parece que debería uno desconcertarse. En este segundo sector de asistentes a la obra hay muchos ingredientes tar-

tufiles o, al menos, son cómplices de la existencia de aquéllos con su silencio y su sonrisa reverente. Porque, ¿quién está libre de vender un poco su alma al diablo con tal de ascender? ¿Quién está libre de asentir, sonreír, adular a la persona conveniente? ¿Quién no ajusta su vida pública y privada a las exigencias de quien está por encima?

Se trataría, pues, de un regocijo un poco culpable. Y esto es lo que, probablemente, me parece mejor de la obra: el poner a un gran número de personas en trance de burlarse un poco de sí mismo. Claro está que nadie se cree Tartufo, pero quién sabe si el reírse de esos vicios, que éste ha convertido en arte refinado, no es el primer paso para desembarazarse de ellos y empezar a dar una carrera en pelo a los viejos modelos. Cuando le pregunto a Marsi-

llach si cree que una persona de derechas, al menos una no militante, puede reírse con la obra, me contesta tajantemente que sí y se remite a lo que ocurre en la sala un día tras otro.

Esta fue, por otra parte, la gran habilidad del viejo Juan Bautista: el obligar a la gente a que se ría de sus defectos sin que nadie se ofenda, excepto los sectores irrecuperables del cinismo y la desvergüenza. No en vano se invita a la gente a deshacerse, de una vez para siempre, de los tartufos y de sus tartufismos particulares. A lo mejor es este burla burlando el camino más corto entre dos puntos. Filipinos, en este caso.

Un matrimonio de conveniencias

Orgón, el banquero, el burgués, el conservador Orgón,

Mercedes Lescano, Carmen Maura y Alfredo Alba, en "Tartufo 70".





Adolfo Marsillach con Alberto Fernández, en una escena de la nueva versión de la obra de Molière, adaptada por Enrique Llovet.

dueño de la casa, el caballo y las acciones, se deja querer, adular y hasta ordenar por Tartufo el ejecutivo. Se juega el eterno binomio del sadismo-mesquismo. Hay un matrimonio de conveniencias que apenas se rompe en la obra porque, como dice Llovet, "lo que ocurre es que Tartufo se pasa y quiere despojar a Orgón y acostarse con su mujer. Su error es que pasa de las doce; si llega a quedarse en las doce menos diez, la cosa dura para siempre y todos tan contentos".

Pero puestos a hacer parábolas sobre la realidad española, puede ser un buen ejercicio de socarrona imaginación hacernos idea de quién son uno u otro de estos dos personajes en la democracia. Propongo, en principio, que Tartufo es sólo una parte de un todo. A mí me gusta más la

suma Tartufo + Orgón, porque —razono yo— los ejecutivos no serían lo que son si no fueran, en gran parte, además, hijos de banquero. En la obra, la ficción teatral quiere

que, al final, se enfrenten, pero es posible que ambos sean uno y trino, si les añadimos otro personaje del Tartufo, la señora Pernelle, símbolo del inmovilismo nacional.

LA CANCIÓN DEL TARTUFO 69

El mundo nunca ha sido para todo el mundo
mas hoy al parecer es de un señor
que en una escalerita de aeropuerto
cultiva un maletín, pero ninguna flor.

Serriente y albitado para siempre
trajese para darnos la ilusión
de un cielo en technicolor, donde
muy poquitos aprenden a jugar al golf.

¡Ay, qué vivos
son los ejecutivos,
qué vivos que son!
Del sillón al avión,
del avión al salón
del salón al salón
siempre tienen razón
y además tienen la cartón
la cartón por el mango.
¡Y el mango también!

LA CANCIÓN DEL TARTUFO 78

El mundo nunca ha sido para todo el mundo

mas hoy, igual que ayer, es de un señor
que en una escalerita de aeropuerto
cultiva un maletín, pero ninguna flor.

Serriente y albitado para siempre
trajese para darnos la ilusión
de que la democracia es para
muy poquitos, que saben ya jugar al golf.

¡Ay, qué vivos
son los ejecutivos,
qué vivos que son!
Del sillón al avión,
del avión al salón,
del poder al poder
ya no hay más solución
que dejarlos sin la cartón,
sin cartón y sin mango.
¡Sin mango también!

Regresa para darnos otro ejemplo
de cómo repartirse este pastel...
Pero evitar que vuelva y vuelva y vuelva.

Eso le va a tocar a usted!

Bueno, en el 69, los tartufos estaban bien claros: eran los muchachos de la Obra escritanésca, lanzados al asalto del poder entre jaculatorias y buenos negocios. A los otros que mandaban no les era necesaria la hipocresía para nada. Con enseñar el carnet y la pistola, quedaba llano el camino.

Ahora la cosa cambia. Cierto que en un alarde de simplismo hay quien identifica a este nuevo Tartufo con Adolfo Suárez. Malas costumbres adquiridas en Pedro Ruiz y demás. Lo cierto es que sólo tenemos una pista clara: nos encontramos ante un personaje, Orgón, que se identifica de forma meridiana con un partido centrista, burgués, con fuertes lazos con el pasado y que repite, hasta el aturdimiento, frases rimbombantes de apertura y de acercamiento a Europa. Está, desde luego, en la parte más alta del poder. En este sentido, Tartufo es la parte peor de UCD. Marsillach, muy agudamente, ha resumido la personalidad de Tartufo en una sola frase: "Es un hombre que no cree en nada, salvo en su propio interés". Circunstancia que, aunque puede darse en otros grupos, menudea abundantemente en los centristas españoles. Además, su situación política privilegiada le hace miel para las moscas de la especie que comentamos.

Las ranas en el charco

Tanto Llovet como Marsillach recuerdan muy claramente las tristes circunstancias que rodearon el "Tartufo" de 1969. Eran los tiempos de Sánchez Bella, probablemente el ministro de los últimos quince años que más empeño ha puesto en cargarse la cultura. La obra fue permitida a regañadientes, intentando el soborno y finalmente suspendida. Llovet, al que, por entonces, la censura se cargó además una trilogía teatral, alivió su crisis personal con la puesta en escena de "Sócrates".

Quedaron, no obstante, las

La rentabilidad y confort de un edificio, comienza en su aislamiento.



ISOVER es conocido en casi todo el mundo como una de las primeras marcas dedicadas a la fabricación de aislantes para la construcción.

ISOVER abarca una amplia gama de productos específicos para cada necesidad, que cubren y aíslan del frío, el calor, y el ruido, cualquier superficie habitable.

ISOVER es imprescindible en la edificación moderna, tanto de edificios como de naves e industrias.

ISOVER, es un producto de Cristalería Española, S. A. División Fibras



el nuevo Vitrofib

"TARTUFO"

espadas en alto. El adaptador y su director y actor no abandonaron nunca el proyecto. Por ello, el "Tartufo" de 1979 tiene un poco —o un mucho— de vindicación, de obligada y merecida devolución de algo suyo no sólo al autor, sino al público, al que se le robó un precioso pedazo de conciencia crítica hace diez años.

La muerte de Franco fue el momento propicio para que se tomara una nueva decisión. Se pensó entonces, sin embargo, que las cosas no estaban aún lo suficientemente claras como para reconocer de golpe y porrazo a los tartufos. La charca aún estaba demasiado turbia para que las ranas salieran a la superficie y se pusieran a croar. Hubo que esperar otros tres años para que las cosas comenzaran a clarificarse. Al cabo de este trienio, las cosas están lo suficientemente nítidas como para que pueda apreciarse, sin demasiado riesgo a equivocarse, dónde han ido a refugiarse, finalmente, los tartufos vergonzantes.

La escuela de los tartufos

España y no Francia es un buen país para los tartufos. Al final de la obra, cuando el hipócrita sale escoltado por la Policía camino de la cárcel, aún se vuelve a Orgón y su familia y exclama: "¡Imbécil! ¿Es que no sabes que en el próximo cambio también estaré yo?". Estas palabras, que a Llovet le parecen muy serias, hicieron —hacen todos los días— reír al respetable. Es natural; este país, a base de tener estos ejecutivos siempre encima, de oler su mal olor y de ver su mala cara, se ha acostumbrado tanto a ellos que los perdona fácilmente. Es una parte de su pesimismo ancestral, que le lleva, por masoquismo, a reírse de la propia desgracia.

Este es un lugar que constituye una auténtica escuela de tartufos, porque la falta de ejercicio de la libertad ha anquilosado los músculos del es-

píritu crítico y enmohecido los engranajes de una maquinaria normalmente parada o manejada con absurda torpeza. Cuando Brecht demostró cómo Arturo Ui-Hitler podía llegar hasta arriba en la sociedad alemana, si sabía tomarla por su lado flaco del ordenancismo y el orgullo patrio, estaba dando testimonio y, a la vez, haciendo una llamada desesperada a lo mejor de una sociedad. Cuando el arreglo de este "Tartufo" 79

nos muestra a Tartufo-Opus-UCD conquistando el poder, va también más allá del testimonio: nos está pidiendo que nos olvidemos del pesimismo, de la murria y del "far niente" que arrastramos, en materia política, hace un buen montón de años.

Lo de Tartufo es, sin duda alguna, una resistible ascensión que puede ser fácilmente neutralizada en una sociedad más libre y más sensata. Basta con recuperar la confianza

en nuestro propio poder como colectividad humana y darse cuenta de que cuanto más paremos los pies al tartufo, más oportunidades estaremos dando a las personas honradas que se ocupan de lo suyo y de lo nuestro. Cuando nos demos cuenta de que la desaparición de los tartufos constituye nuestro propio bien, ese día habremos dado un gran paso adelante en su eliminación. Aunque sólo sea por tartufo egoísta. ■ R. C.

Alicia Alonso, el ballet cálido

Acercarse al ballet cubano supone ponerse en contacto con la forma de entender la danza de Alicia Alonso, primera bailarina y directora, que fue quien lo creó. Desde sus inicios, hace ya treinta y un años, el Ballet Nacional de Cuba ha llevado su coreografía, su espíritu y su concepto de la disciplina, unido a la forma peculiar que tiene esta isla caribeña de entender y transmitir la música. Decla un crítico canadiense que era la primera vez que se produce una compañía de ballet en un país de clima cálido. La primera vez que se unían la disciplina rígida de la danza clásica con una interpretación creativa de esta índole.

La inclusión de "Giselle" en el programa presentado en Madrid este año ha sido un gran acierto, ya que, además, estaba interpretado por Alicia Alonso. Previamente, ésta fue la obra con la que ella dio el paso a primera figura femenina de entonces en el Ballet Theatre de Nueva York, en 1943. Su interpretación se recuerda como un hito. Luego, como fundadora e inspiradora de esta parcela de la cultura cubana, los años han enriquecido su danza hasta conseguir la perfec-

ción mostrada, tanto a nivel personal como en el cuerpo de baile que personalmente ha formado y dirigido, hasta conseguir transferirle su propio deseo de "evitar mixtificaciones, en las que se ha regodeado tradicionalmente el ballet romántico". La narración es interpretada por la Alonso de una forma concisa y lineal, concediendo importancia al diseño del vestuario y del decorado. Todo ello consigue una variedad estilística muy ligada a su actuación a nivel personal, ya que se expresa más que en ningún otro momento en la representación total de su "Giselle".

El Ballet Nacional Cubano tuvo una vida accidentada, pasando por momentos de inactividad pública, a raíz del enfrentamiento con el entonces Presidente Batista. En 1956, como represalia por no querer participar en una maniobra de tipo propagandístico, le fue retirada la ya exigua ayuda económica que recibía. Esto produjo una serie de protestas en los sectores culturales del país y la celebración, ese mismo año, de un homenaje de desagravio a Alicia Alonso, a nivel nacional. En consecuencia, el grupo hubo de limitar sus actuaciones a la Academia, donde sólo podían desarrollar actividades de aprendizaje y perfeccionamiento. Algunos jóvenes valores salieron de Cuba para poder continuar su formación. En 1959, con el nuevo régimen revolucionario, se reorganiza el BNC y recibe el reconocimiento y el apoyo que necesita, dentro del ámbito cultural del país. A partir de 1964 comienza a cosechar importantes éxitos a nivel internacional. Primero será el mundo socialista espectador de su labor en el I Concurso Internacional de Ballet de Varne, en Bulgaria, en 1964. Y dos años después en el mundo occidental, en el IV Festival Internacional de Danza de París, con lo que se comienza a abrir brecha en el bloque sociocultural impuesto a Cuba años antes.

Antonio Gades, que ahora se enfrenta a la dificultad de crear también un cuerpo de ballet nacional, estuvo en Cuba durante el Festival Internacional del año pasado y quedó impresionado por el espíritu y la seriedad de los miembros del Ballet Nacional de Cuba "como trabajadores de la cultura". Para los cubanos, Alicia Alonso y su forma de entender su "nacionalismo con proyección universal" ha permitido también el acercamiento a la danza de los sectores más alejados, los lugares de trabajo, etcétera. ■

CARMEN FERNANDEZ RUIZ



Alicia Alonso y André Eglevski, interpretando "Giselle".